

Críticas construccionistas a la tesis de las Emociones Básicas

Constructionist criticisms of the Basic Emotions Thesis Críticas Construcionistas da Tese de Emoções Básicas

Rodrigo Sebastián Braicovich *

Universidad Nacional de Rosario, Argentina

Resumen

La historia de la comprensión de las emociones en el pensamiento occidental ha estado dominada prácticamente desde sus inicios por una concepción esencialista de las emociones: de acuerdo a este abordaje, las emociones son, en efecto, eventos discretos claramente diferenciados, no sólo entre sí sino también respecto de los procesos cognitivos "superiores". La hegemonía de esta concepción esencialista, que encontró su momento culminante en la teoría de las Emociones Básicas, llegó a su fin a principios de este siglo con el surgimiento de un programa de investigación radicalmente diferente en cuanto a postulados y predicciones, a saber el construccionismo (desarrollado fundamentalmente por J.A. Russell, L.F. Barrett, K. Lindquist y M. Gendron). El objetivo del artículo consistirá en reconstruir las líneas generales de la crítica construccionista al postulado de las Emociones Básicas, a fin de ponderar los méritos hermenéuticos de ambas alternativas. Se argumentará que las críticas construccionistas conducen a una crisis terminal de la teoría de las Emociones Básicas (tanto desde un punto de vista metodológico como en cuanto al soporte empírico aducido) y que la alternativa construccionista se muestra ya en mejores condiciones de conformar el núcleo de un nuevo programa de investigación en el ámbito de la vida afectiva humana.

Palabras clave: construccionismo, emociones básicas, neurociencia afectiva, fisiología, lenguaje.

Abstract

The history of the understanding of emotions in Western thought has been dominated practically from its beginnings by an essentialist conception of emotions: according to this approach, emotions are, in effect, discrete events clearly differentiated, not only from each other but also from "higher" cognitive processes. The hegemony of this essentialist conception, which found its culminating moment in the theory of Basic Emotions, came to an end at the beginning of this century with the emergence of a radically different research program in terms of postulates and predictions, namely constructionism (developed mainly by J.A. Russell, L. Feldman Barrett, K. Lindquist and M. Gendron). The aim of the paper will be to reconstruct the outlines of the constructionist critique of the Basic Emotions postulate, in order to weigh the hermeneutic merits of both alternatives. It will be argued that the constructionist criticisms lead to a terminal crisis of the theory of Basic Emotions (both from a methodological point of view and in terms of the empirical support adduced) and that the constructionist alternative is already in a better position to form the core of a new research program in the field of human affective life.

Keywords: constructionism, basic emotions, affective neuroscience, physiology, language.

Resumo

A história da compreensão das emoções no pensamento ocidental tem sido dominada quase desde o seu início por uma concepção essencialista das emoções: de acordo com esta abordagem, as emoções são, com efeito, acontecimentos discretos claramente diferenciados não só uns dos outros, mas também de processos cognitivos "superiores". A hegemonia desta concepção essencialista, que encontrou o seu ponto alto na teoria das Emoções Básicas, chegou ao fim no início deste século com a emergência de um programa de investigação radicalmente diferente em termos de postulados e previsões, nomeadamente o construccionismo (desenvolvido principalmente por J.A. Russell, L. Barrett, K. Lindquist e M. Gendron). O objectivo do documento será reconstruir os contornos da crítica construccionista do postulado das Emoções Básicas, a fim de ponderar os méritos hermenéuticos de ambas as alternativas. Argumentar-se-á que a crítica construccionista conduz a uma crise terminal da teoria das Emoções Básicas (tanto do ponto de vista metodológico como em termos do apoio empírico aduzido) e que a alternativa construccionista já está em melhor posição para formar o núcleo de um novo programa de investigação no domínio da vida afectiva humana.

Palavras chave: construccionismo, emoções básicas, neurociência afectiva, fisiologia, linguagem.

DOI: 10.5281/zenodo.10210519

*Contacto: rbraicovich@gmail.com Es Doctor en Humanidades y Artes con mención en Filosofía, y ha realizado un Postdoctorado en la Universidad Nacional de Rosario .Es Investigador Independiente de CONICET y Profesor Titular de Antropología Filosófica (UNR). Dirige el Centro de Estudios (Filosóficos) Postdisciplinarios y la revista Cuadernos Filosóficos (UNR).

1. INTRODUCCIÓN

¿Se corresponden los conceptos de emociones de las lenguas modernas occidentales con fenómenos claramente delimitados y orgánicos, o son simplemente construcciones sociales heredadas por las distintas generaciones? Si este último es el caso, ¿son dichos términos de emociones al menos hermenéuticamente fructíferos? ¿O, por el contrario, nos impiden comprender los fenómenos subyacentes, oscureciendo los componentes esenciales que dan cuerpo a los eventos emocionales?

Al interior del pensamiento occidental, la historia de estos interrogantes no posee más de 150 años: con anterioridad a las reflexiones de W. James (1890) respecto del estatuto ontológico de las emociones, la interpretación hegemónica respecto del carácter discreto de las emociones representaba un axioma incuestionado de la psicología, y las discusiones acerca de los términos de emociones que mejor describían ciertos fenómenos jamás hacían más que rozar la superficie del problema, reduciendo el debate a la pregunta acerca de cómo rotular un evento cuya existencia discreta y precisa se daba por supuesta. El surgimiento del construccionismo a principios de este siglo estuvo motivado, no obstante, por la constatación de que ese supuesto, que se volvería con el correr del tiempo en el fundamento de la teoría de las Emociones Básicas [EB], merecía ser analizado seriamente y, eventualmente, desterrado. Sobre la base de esa convicción, el construccionismo emprendió la tarea de construir una alternativa explicativa frente al esencialismo propio de las teorías que defienden la existencia de las EB, proponiendo un conjunto de predicciones y reinterpretaciones novedosas de las investigaciones realizadas hasta el momento en el ámbito de las emociones.

A fin de sintetizar este proceso, dedicaré la primera sección del artículo a una reconstrucción de los postulados centrales de la teoría de las EB y de las diversas críticas a las que ha sido sometida, tanto desde el punto de vista teórico como metodológico y, fundamentalmente, en cuanto a la solidez de la evidencia presentada y de la interpretación que se ha ofrecido de la misma. La segunda sección del artículo tendrá por objetivo esbozar las líneas generales abiertas por el construccionismo como programa de investigación de la dinámica de los afectos: señalaré sus postulados y proyecciones, y esbozaré algunas objeciones vinculadas con el problema de las consecuencias prácticas del construccionismo. Como intentaré mostrar, la solidez de la teoría de las EB se halla seriamente cuestionada por el momento, y los abordajes construccionistas parecen estar contar con mejores herramientas que su contrincante para hacer frente al desafío de explicar los mecanismos que entran en juego en la conformación de nuestra vida mental.

2. PREHISTORIA DEL DEBATE

Una parte importante de las reflexiones de la tradición filosófica occidental en el ámbito de la ética y de la psicología de la acción ha estado representada por la discusión acerca de la distinción entre la razón y las pasiones, y acerca del lugar que éstas últimas ocupan en nuestra vida mental. Considerado desde una perspectiva histórica, los diálogos platónicos representan, junto con algunos tratados hipocráticos aislados, los primeros abordajes sistemáticos en los que comienza a tomar cuerpo la clasificación de las pasiones que va a atravesar la totalidad de la historia del pensamiento occidental. Los repertorios tipológicos que encontramos en dichas fuentes, claro está, no representan una creación arbitraria, dado que se nutren de términos presentes en la cultura del pueblo griego y –al menos algunos de ellos– se remontan hasta el período homérico. Aun así, la obra de Platón en particular representa un momento decisivo en la historia del pensamiento occidental, en la medida en que cimienta en forma sistemática (aunque no exenta de controversias) las dos premisas que componen el 'esencialismo' en el ámbito de las emociones: por un lado, la distinción tajante entre la razón y las pasiones; por otro, la pretensión de que existen ciertos fenómenos anímicos discretos y claramente distinguibles que pueden ser individualizados mediante términos como ira, indignación, amor, envidia, etc.

Un segundo capítulo importante en la historia de las pasiones está representado por la obra legada por los estoicos, tanto antiguos como romanos, y esto por dos motivos: en primer lugar, por el hecho de que el tratamiento estoico de las pasiones (de corte radicalmente cognitivista) sentará de alguna manera la metodología analítica que predominará en el abordaje posterior de las pasiones (desde Cicerón hasta la Ilustración) (Graver; Sihvola y Engberg-Pedersen). En segundo lugar, porque el estoicismo propone distinguir cuatro *emociones fundamentales*, aflicción, miedo, ansia y placer, a partir de las cuales sería posible organizar en forma jerárquica la totalidad de la vida emocional. Si bien este postulado acerca de la jerarquía natural de las emociones (que distingue entre emociones básicas y derivadas) no será compartido por todos los filósofos y psicólogos que se dediquen al estudio de las emociones, su defensa en el *Tratado de las Pasiones* cartesiano (en donde las cuatro pasiones estoicas serán reemplazadas por admiración, amor, odio, deseo, alegría y tristeza) contribuirá a garantizar la hegemonía de la visión esencialista de las emociones hasta, al menos, la aparición de la obra de William James, ya en el ocaso de la modernidad.

3. EL MODELO DE LAS EMOCIONES BÁSICAS

i. Postulados centrales

A pesar de las severas críticas realizadas por James a la misma, la hipótesis de las EB halló una defensa sostenida y casi hegemónica en el ámbito de la psicología durante las décadas siguientes, encontrando sus elaboraciones más sistemáticas durante la segunda mitad del siglo XX, fundamentalmente a través de las investigaciones de S. Tomkins (1962), P. Ekman (1980, 1992), J. Panksepp (1994), R.W. Levenson (2011) y C. Izard (1977), entre otros. A pesar de las divergencias esperables entre los distintos abordajes, los siguientes postulados resumen, en líneas generales, cierto consenso al interior lo que podríamos denominar como el programa de investigación de las EB:

1. Cada emoción (o evento emocional) es un *acontecimiento discreto*, es decir, está compuesto por un conjunto específico de manifestaciones que es suficiente para distinguir a una emoción de otras.
2. De la totalidad de emociones que experimentamos, algunas de ellas son *básicas*, mientras que otras no lo son.
3. Las **emociones básicas [EB]**
 - (a) pueden ser parcialmente moduladas por procesos culturales y biográficos (i.e., relativos a la historia personal de cada individuo), pero no puede ser suprimidas ni reescritas completamente;
 - (b) poseen una base fisiológica distintiva (en cuanto a actividad del sistema nervioso autónomo, respiración, actividad cardiovascular y electrodérmica, etc.);
 - (c) poseen una base neurológica distintiva (probablemente subcortical y filogenéticamente primitiva);
 - (d) poseen una fenomenología distintiva (i.e., cada una de ellas se ve acompañada de una sensación subjetiva definida);
 - (e) son experimentables universalmente (es decir: todos los individuos las experimentan ante los estímulos correspondientes);
 - (f) son acompañadas por patrones de expresión faciales y vocales distintivos;
 - (g) son reconocibles universalmente a partir de dichos patrones (es decir, todos los individuos tienen la capacidad innata no sólo de experimentar EB, sino también de reconocerla en los demás);

- (h) raramente ocurren en estado puro (a excepción de la primera infancia o en momentos de crisis afectivas);
- (i) por lo general se dan en combinación o sucesión con otras emociones básicas y/o moduladas por procesos cognitivos superiores;
- (j) a diferencia de las emociones no básicas, que se hallan moldeadas socio-culturalmente, la EB son el resultado de la historia evolutiva de la especie: cada emoción básica representa un mecanismo adaptativo frente a ciertas “contingencias recurrentes” (Oatley 87) en el escenario evolutivo en el cual tomó forma la arquitectura cerebral, emocional y cognitiva de nuestra especie;
- (k) son compartidas por otras especies con las que los humanos comparten un pasado evolutivo.

Frente a este conjunto de postulados se podría replicar que la historia de las lenguas y las culturas evidencia, antes que la universalidad de un conjunto reducido de EB, una marcada diversidad que parecería obligarnos a concluir, por un lado, que no todas las emociones incluidas por los investigadores en el catálogo de las EB están presentes en todas las lenguas y culturas, y que, por otro lado, aun las que sí parecen estar presentes en ciertas culturas suelen ser conceptualizadas en forma sustancialmente distinta por cada una de ellas. En síntesis, donde los defensores de las EB ven *uniformidad*, la historia parece mostrar *variación* y *pluralidad*.

En respuesta a esta crítica frecuente, los defensores de las EB argumentan que aquella pluralidad conceptual y terminológica en realidad enmascara y, al mismo tiempo, expresa una uniformidad subyacente; lo único que difiere entre las distintas culturas, en otras palabras, es la forma de conceptualizar lo que, en el fondo, son fenómenos idénticos y universales (de otra forma, se arguye, toda comprensión y comunicación entre individuos provenientes de culturas distintas sería imposible, al menos en el terreno afectivo). La solidez de esta respuesta, como se hace evidente, dependerá de la capacidad de los defensores del modelo de las EB de demostrar la existencia efectiva de patrones distintivos (ya sea a nivel fisiológico, neuronal o conductual) subyacentes a cada emoción, algo que, como veremos, está lejos de ser autoevidente.

ii. Críticas

Si hacemos a un lado la plausibilidad teórica y la capacidad explicativa del modelo de las EB, y nos preguntamos cuán sólido es el caso a favor de la existencia de dichos fenómenos anímicos, la respuesta que obtendremos será completamente distinta de acuerdo al lado adoptemos y qué tipo de estudios tomemos como base para ensayar una respuesta. Ekman, Izard y demás, en efecto, sostendrán que la evidencia en favor de la existencia de las EB es definitiva y prácticamente incuestionable en relación con los siguientes aspectos: uniformidad en los patrones fisiológicos y en las expresiones faciales y vocales que acompañan a cada EB; capacidad universal de reconocer tales expresiones; existencia tanto de una base neuronal distintiva como de patrones fenomenológicos distintivos para cada EB. En otras palabras: las EB existen sin lugar a dudas; son experimentadas por todos los seres humanos a lo largo de todas las culturas; todos podemos reconocerlas en los otros, no solo a través de las expresiones que percibimos en sus rostros sino también a partir de las inflexiones en la voz; y cada una de esas EB está acompañada de un conjunto de respuestas preprogramadas a nivel orgánico (aumento o descenso del ritmo cardíaco, la presión, la sudoración, etc.) y se corresponden con la activación de circuitos cerebrales específicos, circuitos cuya disfunción conduce a alteraciones en la capacidad de experimentar ciertas EB.

El consenso entre los defensores de las EB en cuanto a la validez de estos puntos contrasta, curiosamente, con la absoluta falta de consenso respecto de cuáles son las emociones específicas que conforman el repertorio de las EB, dado que el arco de alternativas que encontramos al respecto va desde la postulación, por parte de Mowrer (1960) y de Weiner y Graham (1984)

de sólo dos emociones básicas (dolor y placer, para el primero; felicidad y tristeza, para los segundos) hasta la propuesta de Frijda (1986) de interpretar como básicas a 18 emociones. Se podría argumentar, desde ya, que las divergencias entre los repertorios de EB propuestos por los distintos autores son más de superficie que de estructura, en la medida en que, por ejemplo, el término '*anger*' utilizado por ciertos autores parece ser perfectamente intercambiable por el término '*rage*' utilizado por otros, tal como sucede con la dupla '*contempt*'-'*disgust*'. Esto, sin embargo, solo ayudaría, como señalan Ortony y Turner (1990 316), a suavizar las diferencias entre los distintos catálogos de emociones básicas, pero no a hacerlas desaparecer por completo.

En otro intento de defender la validez del modelo de la EB, se podría argumentar que la falta de consenso actual no implica la falta de consenso futuro: del hecho de que los defensores de las EB no hayan todavía alcanzado un consenso respecto de cuáles son las EB a partir de las cuales se construye la totalidad de nuestras respuestas afectivas, no se deduce que tal consenso no pueda ser logrado a medida que las investigaciones avancen y se perfeccionen las técnicas y métodos de estudio de las emociones. Pero el punto es, precisamente, que el modelo de las EB no pretende ser meramente un modelo teórico que nos permite elaborar interpretaciones posibles de los datos crudos arrojados por las investigaciones, sino que pretende ser una representación fidedigna de una realidad que se halla fuera de duda. El modelo de las EB no pretende, en otras palabras, ser un punto de partida heurístico, sino un punto de llegada: la conclusión inevitable a partir de los datos que la realidad ofrece. Pero esta realidad difícilmente puede ser tan homogénea y autoevidente como los autores afirman que lo es, si ni siquiera existe un consenso en cuanto a los criterios para diseccionarla y ordenarla jerárquicamente. Como señalaban A. Ortony y T.J. Turner en un artículo pionero cuyos desafíos a la teoría de las EB permanecen en buena medida sin respuesta, la creencia en las EB parece representar más "un artículo de fe que una base empírica o teóricamente defendible para el desarrollo de la investigación acerca de las emociones" (1990 315).

El cuestionamiento de la evidencia aducida

A pesar de todo esto, la falta de consenso no es, curiosamente, el mayor problema que enfrenta el modelo de las EB, sino que lo es la evidencia aducida en favor de los escasos puntos de consenso que encontramos en la literatura del modelo.

En el terreno de la neurología, por ejemplo, un conjunto de investigaciones realizadas desde principios del siglo XX (Barrett 2006, Guillory y Bujarski 2014, Hamann 2012; Lindquist *et al* 2013, Murphy *et al* 2003, Oosterwijk *et al* 2012, Phan *et al* 2002, Touroutoglou *et al* 2015, Vytal y Hamann 2009, Wilson-Mendenhall *et al* 2013) contribuyó (directa o indirectamente) a poner en duda la validez, tanto desde el punto de vista metodológico como interpretativo, de los estudios neurológicos que los defensores de las EB habían tendido a presentar durante la "década del cerebro" como evidencia en favor de la existencia de las mismas. Lo que las nuevas investigaciones y meta-análisis trajeron a la luz fue que la defensa radical de la hipótesis locacionista (que vinculaba causalmente los eventos emocionales con ciertos circuitos neuronales claramente delimitados) había sido producto o bien de la desatención de estudios que refutaban por completo dicha hipótesis, o bien de una interpretación excesivamente optimista de ciertos resultados que no justificaban tales conclusiones, o bien de una interpretación equivocada de los datos, la cual tendía a segmentar en forma artificial lo que en realidad eran patrones de activación

de redes de dominio general.³

El postulado adicional de que cada EB estaría acompañada por un conjunto claramente delimitado de respuestas fisiológicas también fue recibido con escepticismo, fundamentalmente por dos meta-análisis que, a partir de la evaluación de la literatura existente hasta el momento, cuestionaron la supuesta evidencia en favor de patrones de actividad autonómica distintivos para cada emoción. Cacioppo *et al.* (2008), sin descartar en rigor la posibilidad de que existan efectivamente emociones discretas, concluyeron no sólo que es perfectamente posible que las emociones no sean acompañadas por patrones autonómicos diferenciados, sino que los patrones autonómicos registrados en forma sistemática en los estudios analizados por ellos parecían remitir a procesos conductuales de alejamiento-acercamiento (*approach-avoidance*) más que a emociones básicas, conclusión idéntica a la arribada por Kreibig (2010), quien detectó patrones de respuestas autonómicas relativamente recurrentes pero sobre los vectores generales de emociones positivas y negativas. De modo análogo, Mauss y Robinson concluyeron que la evidencia no parecía favorecer los abordajes discretos, sino más bien los abordajes dimensionales, en particular los que cartografían la vida afectiva en base a las dimensiones de valencia y excitación (*arousal*), concluyendo que “no hay ninguna ‘cosa’ que defina a una emoción, sino que las emociones están constituidas por múltiples procesos variables situacional e individualmente” (2009 229).

La conclusión adicional de este último estudio en contra del postulado de patrones vocales específicos que acompañen a cada emoción fue refrendada por el equipo de M. Gendron a través de una polémica con el equipo de D.A. Sauter y P. Ekman (Gendron *et al.* 2014a, 2014b, 2015; Sauter *et al.* 2015). El punto central de la polémica concernía, en rigor, a la imposibilidad del equipo de Gendron de replicar los resultados publicados por el equipo de Sauter en relación con la supuesta capacidad de “reconocimiento bidireccional” de EB por parte de un grupo de individuos de Estados Unidos y otro de Namibia. El núcleo de la crítica, sin embargo, era metodológica, y concernía al hecho de que la capacidad de los individuos de culturas no occidentales de reconocer las EB más frecuentemente tipificadas en la cultura occidental dependía de que los sujetos recibieran un adiestramiento previo respecto de las emociones a clasificar y de un diseño experimental de cuestionarios de “elección forzada” (y no libre): en otras palabras, los individuos de Namibia recibían explicaciones respecto de qué calificaba como una instancia de ira, por ejemplo, y luego se le solicitaba que clasificara una determinada vocalización a partir de un conjunto delimitado de opciones.

¹Así, por ejemplo, el disgusto, en tanto emoción básica, debería ser considerado como “una respuesta que evolucionó para conducir a evitar la contaminación mediante estímulos ofensivos y, en particular, para evitar la ingesta de comida potencialmente dañina” (Phillips *et al.* 497).

²Cf. al respecto (Plamper 75-128; Russell 1991), y el ambicioso proyecto lexicográfico de Tim Lomas: <https://www.drtimlomas.com/lexicography/cm4mi>. Cabe señalar, a este respecto, que así como sucedía con los meta-análisis de estudios neurológicos y fisiológicos reseñados en la sección anterior, un meta-análisis reciente de los términos utilizados en 2474 lenguas para clasificar los eventos emocionales ha mostrado que, lejos de prestar apoyo a la hipótesis de las EB, los patrones de clasificación recurrentes en las distintas lenguas y culturas parecen responder a las variables de valencia y excitación (Jackson *et al.* 2019), tal como sucedía con la evidencia proveniente físico y neurológica.

³Cabe preguntarse, de modo inverso, si el rechazo del modelo de las EB básicas implica renunciar a todo intento por vincular las emociones con la evolución de una especie. En el terreno específico del construccionismo, Barrett cree que no: de acuerdo a la autora, bien podría ser el caso de que el objeto de la selección natural no hayan sido los patrones básicos de reacción catalogados como emociones básicas, sino, por el contrario, ciertos “procesos que son afectivos en sentido amplio” (Feldman Barrett 2006 46). Lindquist, por su parte, sugiere que la ventaja adaptativa de la capacidad de experimentar (y reconocer) emociones puede haber radicado en la capacidad que ellas otorgan de “reaccionar en forma flexible” (Lindquist 364) frente a los acontecimientos que enfrentamos, así como en la posibilidad que las mismas nos otorgan de comunicar nuestros estados internos y su relación con el entorno. Como toda narrativa adaptativa, las alternativas propuestas por Barrett y Lindquist son esencialmente especulativas, no porque sea imposible demostrar la existencia de una base genética que codifique el desarrollo de ‘procesos afectivos en sentido amplio’, sino por la dificultad inherente en demostrar el carácter adaptativo de la capacidad de experimentar procesos afectivos frente a determinados escenarios. Cabe remarcar, no obstante, que independientemente de la plausibilidad lógica y del soporte empírico de ambas explicaciones, lo decisivo es que en ambos casos lo que sería objeto de la selección natural es la capacidad general de reaccionar de cierta forma ante una multiplicidad indefinida de situaciones, y no la capacidad de poner en marcha un patrón específico de conductas (y actitudes) ante un tipo determinado de escenario. Si esto es un progreso en la capacidad explicativa frente al modelo de las emociones básicas depende, nuevamente, de qué esperemos que pueda explicar una narrativa adaptacionista.

Cuestionamientos metodológicos

Lo que la polémica entre los equipos de Gendron y Sauter puso de manifiesto fue el hecho de que las críticas tempranas de J. Russell a la metodología de investigación de las EB seguían vigentes después de dos décadas. En un texto que habría de volverse pionero en el ámbito, en efecto, (Russell 1994) había argumentado que las investigaciones acerca de las EB tendían a estructurarse sobre las siguientes características:

- Cuestionarios de elección forzada: es decir, cuestionarios en los que se provee a los sujetos participantes de un repertorio finito y reducido de términos de emoción (ira, tristeza, desagrado, etc.) y se les requiere emparejar una determinada expresión facial con alguna de tales alternativas. Esto presenta al menos cuatro problemas: en primer lugar, no permite recurrir libremente a alternativas no presentes en el repertorio propuesto; en segundo lugar, obliga a considerar las emociones del repertorio seleccionado como excluyentes entre sí (algo que habría que demostrar, en lugar de dar por supuesto desde el inicio); en tercer lugar, la restricción de las alternativas a un repertorio cerrado impide saber cómo habrían clasificado los sujetos las distintas expresiones si los experimentos hubieran sido de clasificación abierta y libre (los pocos estudios que recurrieron a esta última alternativa mostraron, en efecto, resultados contrarios a la hipótesis de las EB); por último, dichos repertorios, aunque variables a lo largo de los estudios, se hallan contruidos sobre una tradición específica (cuyos orígenes se remontan a la antigüedad clásica), siendo las emociones que componen los repertorios términos derivados mayoritariamente de la lengua inglesa.
- Efectos de comparación y contraste indeseados: los estudios suelen requerir de un mismo sujeto que identifique una serie de expresiones presentadas en forma secuencial, lo cual activa procesos mentales involuntarios de comparación y diferenciación entre las expresiones, lo cual puede llevar a distinciones forzadas entre dos expresiones que, en escenarios normales quizás no serían distinguidas entre sí.
- Repertorios de expresiones faciales estereotipadas, artificiales y no representativas. El hecho de que los sujetos retratados hayan “posado” la emoción requerida arroja dudas particularmente sobre los resultados de los estudios, dado que, como señala el autor, “las caras ‘posadas’ (*posed faces*) no expresan la emoción del sujeto que posa, sino lo que él elige fingir que siente, y de la manera que él considera que será más probablemente comprendida por el observador” (Russell 1994 114).

A la crítica respecto del diseño metodológico, Russell añadía observaciones relativas al carácter cuestionable de las *interpretaciones* ofrecidas por los distintos autores: afirmar, por ejemplo, como hacía (Ekman 1980 96), que existe “evidencia científica concluyente para resolver la cuestión de la universalidad” de las EB parece sumamente cuestionable cuando consideramos la enorme variabilidad entre los índices de correlación entre expresiones faciales y EB relevados por Russell: mientras que uno de los estudios analizados mostraba un 100% de ‘aciertos’ (i.e., coincidencia con las correlaciones esperadas por los diseñadores de cada estudio) respecto de la EB de la *alegría* cuando se trataba de sujetos estadounidenses, dicho porcentaje bajaba a 69% cuando el experimento se realizaba en Sumatra, y esa divergencia se ampliaba cuando se comparaba el reconocimiento de expresiones de *tristeza* en participantes chilenos (90,9%) y africanos (32,2%) (Russell 1994 108).

Las críticas generales de Russell siguen estando vigentes, como lo muestra la polémica mencionada entre los equipos de Gendron y Sauter, y como lo reafirma el equipo de L.F. Barrett cuando denuncia que las investigaciones tendientes a demostrar la universalidad de las EB basan su éxito sobre la construcción de un ‘artefacto’, a saber, la experimentación, en escenarios artificiales, con sujetos a los que se obliga a elegir una respuesta preformateada y desprovista del contexto que le otorga significado (Barrett *et al.* 289). Pero lo más curioso del caso, sin embargo, no son las variaciones expuestas por Russell tanto entre los distintos estudios como al interior de los mismos, ni el carácter artificial de diseño de los experimentos; lo curioso es la *conjunción* de los dos elementos, a saber, el hecho de que estudios diseñados tan claramente para

obtener resultados favorables a la hipótesis de las EB hayan fracasado sustancialmente aún en sus propios términos.

Problemas internos y externos de la explicación filogenética de las EB

Uno de los aspectos más atractivos del modelo de las EB estaba representado por el hecho de que hacía lugar a una articulación fluida con el problema de la evolución, ofreciendo la posibilidad de proponer narraciones adaptacionistas para explicar la filogénesis de cada una de las EB. De acuerdo a Ekman, por ejemplo:

Las emociones básicas son respuestas psicológicas discretas a situaciones fundamentales de la vida que han sido útiles en nuestro entorno ancestral. Estas respuestas son compartidas universalmente dentro de nuestra especie y se encuentran también en otros primates. Las emociones básicas no son aprendidas de nuestra cultura o del entorno, sino que son respuestas preprogramadas (*prewired*) a un conjunto de estímulos que han afectado a nuestra especie por decenas de miles de generaciones. (Ekman y Cordaro 369)

En la construcción de esta narrativa evolucionista (en sus diversas variantes) radicó buena parte del éxito del estudio de las EB, tanto al interior de la academia como fuera de ella, y no fue un elemento menor en ello su promesa de ser capaz de tender un puente no solo entre las distintas culturas (las cuales se hallaban ahora en mejores condiciones de dialogar sobre la base de una vida emocional compartida), sino también entre la vida emocional de nuestra especie y la de otras especies con las que compartimos un pasado en común. Esta narrativa, desde ya, suponía dar por válidas ciertas premisas en relación al problema acerca de cómo es que la evolución podría haber favorecido el desarrollo de emociones como, por ejemplo, la ira o el miedo:

1. ciertos escenarios son sistemáticamente recurrentes en la historia de determinados organismos en relación con los problemas de supervivencia;
2. por una mutación genética, algunos individuos dentro de esa población se hallan dotados de la capacidad de experimentar un patrón de respuesta definido (una EB) ante algunos de aquellos escenarios recurrentes;
3. dicha capacidad dota a los individuos que la poseen de una ventaja adaptativa respecto de aquellos organismos que no la poseen;
4. dicha capacidad constituye una variación fenotípica heredable;
5. en virtud del carácter adaptativo y hereditario de esa variación fenotípica, los organismos dotados de las mismas tienden a sobrevivir y proliferar y, eventualmente, a desplazar a los organismos que no poseen dicha variación.

Es preciso aclarar, adicionalmente, que para los defensores de las EB lo que la selección natural habría preservado no es la capacidad general de experimentar EB, sino el módulo o circuito neuronal específico que subyace a cada una de las EB, lo cual implica postular procesos de selección natural diferenciados para cada una de ellas: si los patrones de respuesta desencadenados por la ira no hubieran sido adaptativos como respuesta a ciertas 'situaciones fundamentales de la vida', los seres humanos probablemente no habríamos heredado el circuito neuronal de la ira y, en consecuencia, no tendríamos la capacidad de experimentarla. Así, es el carácter adaptativo de la ira en particular lo que explica su presencia en nuestra arquitectura cerebral, y no una capacidad general de experimentar respuestas afectivas ante ciertos estímulos. Que esta dinámica de selección individual y diferenciada de las emociones sea la forma correcta de describir los procesos evolutivos en lo que respecta a las emociones se ve reforzado adicionalmente por la

presencia de algunas de las EB, pero no otras, en animales no humanos, es decir, especies que, por ejemplo, han sido dotadas por la selección natural de la capacidad de experimentar ira, pero no de la capacidad de sentir orgullo o vergüenza, o, alternativamente, de experimentar disgusto pero no excitación.

Ahora bien: cuán atractiva consideremos esta explicación dependerá, desde ya, de lo que esperamos de una explicación evolutiva, así como de lo que exigimos desde el punto de vista metodológico de una explicación de ese tipo. Algo que parece indudable, sin embargo, es que la postulación de una adecuación evolutiva entre ciertos patrones de conducta y ciertos escenarios recurrentes definidos en forma extremadamente general y ambigua (como la 'presencia de amenazas a la vida o a la integridad del organismo') no parece poseer un gran potencial explicativo, y menos aún cuando esos escenarios y patrones de respuesta son compartidos por una pluralidad de especies marcadamente heterogéneas. Esta dificultad se hace evidente cuando consideramos los detalles específicos que los distintos autores atribuyen a la adecuación entre los patrones de respuesta vinculados con cada EB y los escenarios evolutivos, adecuación que oscila entre afirmaciones de carácter marcadamente general (como cuando Panksepp y Biven 75) definen el sistema de expectativa *-seeking-* como "un sistema de propósito general para obtener toda clase de recursos que existen en el mundo, desde nueces hasta conocimiento", o como cuando Lewis y Stemmler (2010 11) atribuyen a la ira la función de "motivar a las acciones del organismo a superar los obstáculos que le impiden alcanzar el objetivo deseado"; descripción que, *mutatis mutandis*, y con un mínimo de destreza retórica, podríamos utilizar para describir prácticamente cualquier acción de un organismo), y afirmaciones con mayor poder explicativo pero que atañen solo a una de las especies que poseen la capacidad de experimentar una determinada EB (como cuando Ekman y Cordaro (2011 365) definen al desprecio como el acto de "sentirse moralmente superior a otra persona").

Dejando de lado los problemas vinculados a la capacidad explicativa del modelo de las EB (la cual, como decía anteriormente, depende en última instancia de qué es lo que uno espere de una explicación de este tipo), la solidez de la explicación filogenética propuesta depende de la capacidad de sus defensores no sólo de poder producir narrativas plausibles o intuitivas, sino de ofrecer asimismo: i) evidencia en favor de la existencia efectiva de circuitos neuronales específicos para cada una de las EB postuladas; ii) evidencia de que esos circuitos neuronales dedicados se hallan codificados genéticamente; iii) evidencia de que el conjunto de genes que codifica (indirectamente) cada EB se halla presente en cada una de las especies a las que se atribuye la capacidad de experimentar una cierta EB.

Esto no es todo, sin embargo, dado que una explicación filogenética de las EB debería estar en condiciones de ofrecer argumentos sólidos en defensa de las supuestas razones por las que una determinada EB sería adaptativa: afirmar simplemente que la ira produce una "organización de contracción de músculos faciales, tono muscular esquelético, y actividad autonómica que es óptima para la conducta de 'lucha'" (Levenson *et al.* 379) es claramente insuficiente desde un punto de vista argumentativo, dado que lo que se debe demostrar, adicionalmente, es que la tendencia a exhibir actitudes 'belicosas' es en sí misma más adaptativa que otras alternativas posibles ante el mismo escenario. Lo mismo valdría para el caso del miedo, respecto del cual, como los mismos autores señalan, tanto las conductas de huida (*flight*) como de congelación (*freeze*) podrían ser adaptativas.

¿Han estado los defensores de las EB a la altura de todos estos requisitos? Si atendemos a las críticas reseñadas en las secciones anteriores, la respuesta parece ser rotundamente negativa, dado que ni siquiera han podido ofrecer evidencia concluyente en favor de la uniformidad fenotípica de las EB, uniformidad que es la piedra fundacional de todo el edificio construido sobre ella. Es cierto que se podrían ensayar otras defensas: se podría argumentar, en principio, que las investigaciones en genética no han alcanzado aún el estado de desarrollo suficiente para poder explicar la base genética que codifica ciertos circuitos neuronales dedicados (como el circuito del miedo, el amor o la ira); también se podría argumentar, alternativa o complementariamente, que los avances en neurología no son suficientes todavía para traer a la luz evidencia sólida

que muestre en forma concluyente patrones de activación selectiva de circuitos neuronales que desencadenan los patrones de respuesta de la ira o la sorpresa; y se podría argumentar que el estado de la neurología y la genética comparadas se halla, como consecuencia de los dos puntos anteriores, en estado demasiado incipiente como para requerir de ellas evidencia en favor de la narrativa adaptacionista de las EB. Pero si esto es así, dicha narrativa no puede pretender ser otra cosa que una “just-so story” más en el repertorio de los relatos producidos por la sociobiología y la psicología evolucionista a lo largo de las últimas cinco décadas.

4. EL SURGIMIENTO DE LA ALTERNATIVA CONSTRUCCIONISTA

En respuesta a los problemas que gradual pero sostenidamente se acumulaban al interior de los estudios de las EB, un modelo alternativo comenzó a construirse en forma progresiva alrededor del análisis dimensional de las emociones. Tomando como punto de partida los cuestionamientos teóricos a las EB esbozados tempranamente por Ortony y Turner (1990), J.A. Russell, L. Barrett, K. Lindquist y M. Gendron, entre otros, comenzaron a dar cuerpo durante la primera década de este siglo a lo que terminó denominándose el abordaje construccionista de las emociones, el cual pretendía ofrecer una alternativa al esencialismo propio de los estudios de las EB. Es cierto que, en rigor, el abordaje construccionista no fue una creación *ex nihilo* de este grupo de autores, dado que, como señalé anteriormente, se hallaba precedido por las reflexiones de William James en contra de la existencia de emociones “en un sentido entitativo” (James 206). Más aun, contra lo que suele asumirse, ni siquiera puede decirse que la obra de James haya representado una excepción aislada y que la historia del debate haya estado dominado enteramente en el siglo XX por el esencialismo, como suele creerse: como han mostrado (Gendron y Barrett 2018), en efecto, dicha historia tiene que ser entendida como un contrapunto constante entre construccionistas y esencialistas (Titchener, Duffy, McDougall, Schachter & Singer, entre otros). Aun así, es preciso notar que esas tempranas posiciones antiesencialistas cubrían únicamente lo que podríamos denominar la *tesis negativa* del construccionismo, a saber, la negación de la existencia de emociones discretas, mientras que la *tesis positiva* del construccionismo, por el contrario, recién comenzaría a tomar cuerpo a partir de los trabajos de J.A. Russell y L. Barrett, en la primera década de este siglo. Esta distinción es importante no sólo para destacar el aporte propio de lo que cabría denominar como neoconstruccionismo, sino también para desterrar uno de los equívocos más frecuentes en torno al mismo, que consiste en suponer que el objetivo de dicho abordaje consiste en negar la existencia de las emociones. La distinción entre la tesis negativa y la positiva permite enfatizar, en efecto, que el objetivo de los abordajes construccionistas contemporáneos es explicar el carácter marcadamente *singular* de los eventos emocionales, carácter que deriva de que dichos eventos resultan de la conjunción de variables tanto fisiológicas y neuronales como culturales (fundamentalmente lingüísticas), y que contrasta de forma radical con la homogeneidad y universalidad que los defensores de las EB atribuyen a la vida mental de los individuos. Los eventos emocionales son, de este modo, eventos que efectivamente tienen lugar, pero que, no obstante, carecen de la homogeneidad y universalidad que les atribuían los defensores de las EB, y, por otro lado, son vividos efectivamente como acontecimientos discretos y aún universales (o cuanto menos supraindividuales) por los sujetos, en la medida en que éstos recurren a conceptos tomados de una cultura que los precede y trasciende al momento de otorgar sentido a dicho flujo de sensaciones (como señala Lindquist (362), este proceso es probablemente “uno de los logros más impresionantes del cerebro, transformando un cacofonía de sensaciones corporales, sonidos, imágenes y olores en experiencias emocionales coherentes y limitadas”).

La tesis positiva, por otra parte, en lugar de meramente limitarse a perfeccionar los fundamentos estrictamente teóricos de la hipótesis construccionista, ha servido de punto de partida para el desarrollo gradual (pero sostenido y creciente) de experimentos e investigaciones destinados a obtener evidencia sólida en favor de dicha hipótesis, tanto en el terreno lingüístico (Brooks *et al.*; Lindquist, Gendron, Barrett, *et al.*; Lindquist, MacCormack, y Shablack; Lindquist, Satpute, y Gendron; Lindquist y Gendron) como en el ámbito neuro y fisiológico ((Barrett, «The Theory of Constructed Emotion»; Cameron *et al.*; Lindquist, Satpute, y Gendron; Lindquist, Satpute, Wager,

et al.; Lindquist y Barrett; Oosterwijk et al.; Wilson-Mendenhall *et al.*). Si bien estas investigaciones han conducido a formulaciones dispares en cuanto a ciertos aspectos específicos de la teoría (disparidad propia de un programa de investigación dinámico y productivo), podemos formular como sigue algunos de los postulados iniciales sobre los que se construye el neoconstruccionismo:

1. las emociones (como todo evento mental) son *construidas*, y no desencadenadas (*triggered*) por aspectos de la realidad (Barrett y Russell 4). Esto implica excluir la hipótesis de las emociones como programas afectivos, como módulos psicológicos diseñados por la evolución, y cualquier otra alternativa que proponga interpretar las emociones como mecanismos de respuesta prediseñados, innatos y universales;
2. las emociones no son acontecimientos discretos;
3. lo único que individua y otorga identidad a las emociones es la conceptualización de las mismas *qua* emociones, conceptualización que es, en su esencia, un acto a la vez social y singular;
4. como consecuencia de los puntos anteriores, no existen EB.

Ahora bien, a partir de estos escasos elementos, el construccionismo parecería reducir las emociones a entidades ilusorias, en la medida en que no parecen tener un objeto que conceptualizar. Si bien ésa ha sido una objeción recurrente al construccionismo, es claro que se trata de una objeción infundada: el acto de conceptualización que se halla en el centro de todo evento emocional posee, en efecto, un objeto específico, a saber, el estado afectivo del sujeto en un determinado momento (que siempre, como ya lo había intuido Spinoza, es, en rigor, una variación más que un estado). La idea central detrás de esta idea es que no existe momento alguno en el que un organismo complejo (como el humano) no se encuentre en un estado afectivo específico, que varía constantemente y que se halla determinado por las señales interoceptivas del organismo (encargadas de mediar entre él y su entorno). Lo decisivo desde el punto de vista que nos interesa es que cada una de esas variaciones afectivas puede *o no* ser conceptualizada, y las conceptualizaciones que realizamos de ellas pueden *o no* vincularse con el ámbito de los afectos: ciertas variaciones interoceptivas serán ignoradas por el sujeto (la mayor parte de ellas); otras serán conceptualizadas como señales de hambre, sed o sueño, por ejemplo; mientras que otras serán efectivamente rotuladas como eventos emocionales (ira, *saudade*, *charmolype*, etc.).

i. Singularidad y lenguaje

¿De qué depende que un sujeto clasifique una determinada variación afectiva como una instancia de una emoción? Para el neoconstruccionismo (y particularmente para K. Lindquist, que es quien más ha investigado este aspecto específico del modelo), ello dependerá de variables absolutamente singulares, vinculadas con su entorno cultural y, fundamentalmente, con el repertorio de términos de emociones que tenga a la mano. Esto es fundamental por dos razones: a la primera de ellas ya aludí, y se vincula con el hecho de que el anclaje de las emociones en el lenguaje reconduce la totalidad del estudio de las emociones al ámbito de la singularidad absoluta: para el construccionismo, en efecto, las regularidades detectables entre eventos emocionales es únicamente estadística, y depende, en última instancia, de la comunidad de usos lingüísticos, pero no de la existencia de un mecanismo causal subyacente a la totalidad de esos eventos. Si comparamos la interpretación que el modelo de las EB propone de la relación entre emociones y lenguaje, el construccionismo parece poseer una clara ventaja inicial, dado que cuando ponemos en suspenso la tiranía del inglés y descentramos la mirada etnocéntrica propia de los modelos de las EB, lo que de hecho encontramos es una marcada diversidad terminológica. Más aún: un relevamiento mínimo de los repertorios de términos de emociones presentes en las distintas culturas revela en forma inmediata una absoluta riqueza y diversidad no solo en cuanto a los términos utilizados para designar emociones específicas, sino también en cuanto a la existencia

misma de un ámbito específico de las emociones (como algo distinto de la cognición). Si partimos de estas constataciones, el desafío se vuelve explicar, no la diversidad de términos de emociones (que era lo que pretendía hacer el modelo de las EB recurriendo al postulado de mecanismos universales subyacentes a esa pluralidad), sino las regularidades mismas: si no hay un mismo mecanismo causal que se halle en la base de dos eventos emocionales solo aparentemente disímiles, ¿cómo es posible que los seres humanos efectivamente experimentemos múltiples instancias de eventos emocionales como *homogéneas*? ¿Cómo explicar, en otras palabras, que no veamos diversidad sino recurrencia?

La solución del construccionismo consiste en postular que los términos de emociones tienen por función esencial clasificar una pluralidad multiforme en conjuntos discretos que borran toda singularidad, tomando como base instrucciones culturales y sociales (“Eso que te está pasando son celos”, “Vos estás angustiado”, etc.). Más aún: como sugieren los acercamientos entre el construccionismo y el paradigma del Procesamiento Predictivo (Barrett 2017; Brooks et al 2017; Gendron y Barrett 2018), los términos de emociones no sólo sirven para diseccionar, ordenar, individuar y clasificar *a posteriori* el flujo líquido y amorfo de nuestros estados afectivos (ya sea en instancias de terapia o en la intimidad de la reflexión retrospectiva), sino que también operan como mediadores en la construcción del modelo interno predictivo mediante el cual interactuamos con el entorno: “el cerebro está continuamente realizando predicciones afectivas acerca de cómo los estímulos del mundo impactarán sobre el organismo, transformando esas predicciones afectivas en experiencias y percepciones más específicas utilizando el conocimiento conceptual acerca de las emociones” (Brooks *et al.* 170). En síntesis, los términos de emociones no describen la realidad, sino que construyen el modo en el que la experimentamos, y el modo en el que la recordamos.

Pero además de reconducir la investigación de la vida emocional al terreno de la singularidad, el abordaje que realiza el construccionismo de la relación entre emoción y lenguaje es fundamental por el hecho de que considera a éste como condición necesaria de aquella: si lo que denominamos como una emoción (y al hacerlo efectivamente la vivimos como tal), es un evento fisio-neurológico al que conceptualizamos de una determinada manera recurriendo a los términos disponibles en nuestra lengua (y tomando como base nuestra experiencia pasada), entonces, como señalé anteriormente, una variación de nuestro estado afectivo que no se viera acompañada por una conceptualización que individualice e identifique esa variación no sería, en rigor, una emoción. Como señalan (Brooks *et al.* 180), no solo se trata de que los sentimientos afectivos se vuelven, en el mejor de los casos, ambiguos ante la ausencia de conceptos que nos permitan clasificarlos, sino de que esos afectos (o esas variaciones afectivas) solo pueden volverse una emoción plenamente reconocible cuando han sido conceptualizadas por el sujeto. Puesto en términos simples: como parece mostrar el estudio de los pacientes con demencia semántica (i.e., con déficits severos en las capacidades de procesamiento semántico) (Lindquist, Gendron, Barrett, *et al.* 2014; Lindquist, Satpute, y Gendron 2015), *sin conceptos no hay emociones*.

Algunas proyecciones problemáticas de la relación entre lenguaje y emoción

¿Es posible derivar, al menos provisoriamente –considerando el carácter dinámico y todavía relativamente incipiente del construccionismo–, proyecciones prácticas a partir de la relación de implicación necesaria que dicho modelo establece entre emoción y lenguaje? El equipo de Lindquist cree que sí: en primer lugar, a partir del postulado de que no hay emociones sin lenguaje, las autoras postulan la posibilidad de que sea verdadera su contrapartida, a saber, que la proliferación de términos de emociones contribuya a una complejización de la vida anímica del sujeto. De acuerdo a los autores, esto es precisamente lo que presenciamos durante los primeros años de la infancia, en donde los niños abandonan gradualmente las clasificaciones binarias más generales de sus estados afectivos para incorporar clasificaciones cada vez más precisas y complejas (Lindquist, Satpute, y Gendron 101-02), y es este desarrollo el que vemos ausente, por ejemplo, en sujetos que (supuestamente) sufren de alexitimia, es decir, la incapacidad de conceptualizar sus estados emocionales, lo cual conduce a situaciones de angustia sostenida

como producto de la incertidumbre ante el contenido (y causas) de dichos estados. La regulación de la vida afectiva, de acuerdo a esto, dependería precisamente de la capacidad del sujeto de conceptualizar las variaciones en los estados afectivos: “un aumento en la diferenciación de las emociones, apoyada por recursos lingüísticos y conceptuales mejorados, aumentará la habilidad del individuo para identificar y articular lo que está sintiendo, de forma tal que promoverá la regulación efectiva de las emociones” (Lindquist, MacCormack, y Shablack 12). La propuesta de los autores (poco novedosa, si consideramos la larga historia de las psicoterapias de tipo cognitivo-conductual) apunta al desarrollo de prácticas terapéuticas diseñadas para estimular la categorización de los afectos a partir de un trabajo reflexivo con términos de emociones, a fin de reducir la incertidumbre y permitir al sujeto operar sobre una realidad mental claramente clasificada y comprendida.

Esta propuesta, curiosamente, parece ir en contra de algo sugerido por los propios autores en (Lindquist *et al.* 2013), en donde advertían respecto de la posibilidad (sugerida por estudios experimentales) de que los sujetos que tienden a tener una concepción esencialista de las emociones (que es precisamente lo que el proceso de *affect labelling* propiciado en el párrafo anterior) tengan más dificultades en regular sus acciones, a causa de que tienden a considerar las emociones como mecanismos que son imparables una vez que se han desencadenado. Por otra parte, la apuesta por el diseño de terapias que conduzcan a una regulación de la vida afectiva a partir de la categorización de las emociones parece no solo ir en contra de buena parte del espíritu crítico, antiesencialista y pluralista que caracterizaba el resto de las investigaciones del neoconstruccionismo, sino que parece presuponer la existencia misma de las EB, o, cuanto menos, la coincidencia entre los términos de emociones presentes en la cultura del sujeto y ciertas emociones discretas –es decir, de aquello cuya negación constituía la base misma del construccionismo–. En otras palabras: a menos que los autores se muestren dispuestos a seguir a W. James no sólo en la negación de las emociones discretas sino también en la adopción de una perspectiva esencialmente pragmática (algo que en ningún lugar se halla declarado en forma explícita), la apuesta por una terapia cuyo éxito dependa de la disección, individuación y clasificación del flujo afectivo no parece ser muy claramente comprensible en el contexto del construccionismo. Una apuesta radicalmente pluralista (cuasi deleuziana), por el contrario, podría no sólo ser más consistente con el resto de los postulados construccionistas, sino que podría conducir a la exploración de caminos mucho más interesantes y articulables tanto con los principios de la neurodiversidad como con las investigaciones de los afectos provenientes de la etnografía y de la historia de las lenguas.

5. CONCLUSIÓN Y PERSPECTIVAS ABIERTAS

La popularidad y virtual hegemonía de la teoría de las EB durante la segunda mitad del siglo pasado no puede ser puesta en cuestión bajo ningún punto de vista, tanto dentro de los ámbitos especializados como fuera de ellos: su facilidad para penetrar en la cultura popular (desde el cine hasta los métodos de enseñanza de dibujo) se correspondió con un éxito casi absoluto al interior de la academia, donde el postulado de la existencia de un conjunto reducido de EB estructuró buena parte de las investigaciones en psicología vinculadas con los afectos y, fundamentalmente, ofreció la matriz conceptual desde la cual fueron diseñadas prácticamente la totalidad de las investigaciones realizadas en el ámbito de la neurociencia de los afectos (*affective neuroscience*). Si atendemos a las críticas a la teoría de las EB reseñadas en la primera sección, esto no puede dejar de generar sorpresa, considerando lo demoledoras que han sido las objeciones relativas no sólo a la solidez interna de la teoría de las EB, sino también a la cuestionable evidencia presentada y a los diseños metodológicos utilizados. Como he sugerido, buena parte del éxito de las EB como núcleo de un programa de investigación parece haberse debido a su capacidad de ofrecer una narrativa adaptacionista sumamente atractiva, en virtud del hecho de que permitía elaborar puentes, en el plano de los afectos, tanto entre distintas especies como entre distintas culturas, logrando con ello la promesa de un mayor diálogo y comprensión entre las mismas.

Cabe preguntarse, adicionalmente, si el éxito del programa de investigación de las EB habría sido posible en un contexto de investigación no regido por la lógica de mercado que estructura la investigación académica en la actualidad: la confianza depositada por los investigadores en una hipótesis tan escasamente apoyada por evidencia como lo es la hipótesis de las EB, solo puede ser explicada en un contexto de investigación en donde la moneda de cambio es la publicación de *papers* y, más aún, de *papers* que logren llegar a los titulares de los medios masivos de comunicación. En ese contexto, una investigación que alcanzara resultados negativos, o modestos y no concluyentes, tendría mucho menos impacto que una que enfatizara el carácter positivo de sus resultados, aun cuando ese énfasis implicara presentar una imagen falsa de la solidez de una teoría. Es necesario reconocer, no obstante, que las mismas objeciones son válidas, al menos en principio, respecto de las investigaciones llevadas a cabo desde el marco teórico del construccionismo, dado que la tentación de presentar los resultados de un determinado experimento como evidencia en favor de la hipótesis construccionista es igual de fuerte que en el caso anterior. La solidez del construccionismo como programa de investigación dependerá, entonces, de la capacidad de los investigadores de resistir a esa tentación y construir un modelo teórico flexible y dinámico que pueda dar sentido a los resultados obtenidos en los distintos experimentos. Si bien ese parece ser el caso hasta el momento (si tomamos en cuenta la gradualidad con la que ha ido tomando cuerpo a lo largo de sus casi veinte años de historia, así como la voluntad que ha mostrado para repensar sus conceptos nucleares), es todavía demasiado temprano para juzgarlo. Por el momento, todo lo que podemos decir es que, en tanto programa de investigación, el construccionismo parece estar en muchas mejores condiciones de explicar no solo los resultados de sus propias investigaciones, sino también los resultados de las investigaciones conducidas bajo la hipótesis de las EB. Adicionalmente, hasta el momento se ha mostrado como un programa de investigación mucho más prometedor que su contrincante en relación con las predicciones que realiza, así como respecto de las articulaciones que promete con otros movimientos intelectuales que están teniendo lugar al interior de la academia vinculados a nuestra forma de entender la vida mental, tanto humana como no humana.

Esto último se hace particularmente visible no sólo en la articulación que –como señalé anteriormente– Barrett y Lindquist han comenzado a ensayar entre el construccionismo y el paradigma del Procesamiento Predictivo, sino también en cuanto a la articulación con la crítica a la denominada “psicología de las facultades” –como la denomina Barrett– y su expresión más acabada, la concepción modular de la mente. Como alternativa frente a los modelos que postulan la existencia de mecanismos especializados y esculpidos por la evolución a la medida de ciertas contingencias recurrentes en el escenario evolutivo de la especie, la hipótesis construccionista propone explicar la vida afectiva recurriendo a mecanismos básicos de dominio general, es decir, mecanismos que intervienen en otras múltiples operaciones de la vida mental (memoria, imaginación, procesos semánticos, etc.). Esto implica, como se hace evidente, no sólo el desarrollo de un modelo completamente nuevo de la dinámica neuronal que soporta los eventos emocionales, sino también el tránsito desde un modelo que enfatiza la localización de circuitos neuronales específicos (el célebre ‘*fear circuit*’, o el circuito neuronal de la ira) hacia un modelo que pone el foco en la activación de patrones distribuidos de actividad cerebral.

Es difícil todavía predecir si esta ‘revisión de las ontologías psicológicas’ (Touroutoglou *et al.* 1264) conducirá, como sugiere (Barrett 2013 387), a un abandono definitivo de toda distinción entre neurociencia *social*, *afectiva* y *cognitiva*, a causa de que dichas barreras disciplinares se sostienen sobre distinciones que, a fin de cuentas, han demostrado que ‘no cortan la naturaleza en sus juntas’. Lo que sí cabe predecir es que las investigaciones construccionistas colaborarán con la revisión radical que está teniendo lugar en cuanto a la tradicional diferenciación entre cognición y emoción (o, para ponerlo en sus términos originales, entre razón y pasión), una diferenciación que ha demostrado ser uno de los obstáculos más duros de vencer en el desarrollo de la comprensión de nuestra vida mental y su historia.

REFERENCIAS

- Barrett, Lisa Feldman. «Are Emotions Natural Kinds?» *Perspectives on Psychological Science*, vol. 1, n.º 1, 2006, pp. 28-58, <https://doi.org/10.1111/j.1745-6916.2006.00003.x>.
- ---. «Context in Emotion Perception». *Current Directions in Psychological Science*, vol. 20, n.º 5, 2011, pp. 286-90, <https://doi.org/10.1177/0963721411422522>.
- ---. «The Theory of Constructed Emotion: An Active Inference Account of Interoception and Categorization». *Social Cognitive and Affective Neuroscience*, vol. 12, n.º 1, 2017, pp. 1-23. academic.oup.com, <https://doi.org/10.1093/scan/nsw154>.
- Barrett, Lisa Feldman, y James A. Russell, editores. *The psychological construction of emotion*. The Guilford Press, 2015.
- Brooks, Jeffrey A., et al. «The Role of Language in the Experience and Perception of Emotion: A Neuroimaging Meta-Analysis». *Social Cognitive and Affective Neuroscience*, vol. 12, n.º 2, 2017, pp. 169-83. *PubMed*, <https://doi.org/10.1093/scan/nsw121>.
- Cacioppo, John T., et al. «The psychophysiology of emotion». *Handbook of Emotions*, editado por Michael Lewis et al., 3.ª ed., Guilford Press, 2008, pp. 180-95.
- Cameron, C. Daryl, et al. «A Constructionist Review of Morality and Emotions: No Evidence for Specific Links Between Moral Content and Discrete Emotions». *Personality and Social Psychology Review*, vol. 19, n.º 4, 2015, pp. 371-94, <https://doi.org/10.1177/1088868314566683>.
- Ekman, Paul. «An Argument for Basic Emotions». *Cognition and Emotion*, vol. 6, n.º 3-4, 1992, pp. 169-200. *DOI.org (Crossref)*, <https://doi.org/10.1080/02699939208411068>.
- ---. *The Face of Man: Expressions of Universal Emotions in a New Guinea Village*. Garland STPM Press, 1980.
- Ekman, Paul, y Daniel Cordaro. «What Is Meant by Calling Emotions Basic?» *Emotion Review*, vol. 3, n.º 4, 2011, pp. 364-70, <https://doi.org/10.1177/1754073911410740>.
- Frijda, Nico H. *The Emotions*. Cambridge University Press, 1986.
- Gendron, Maria, Debi Roberson, Jacoba Marieta van der Vyver, et al. «Cultural Relativity in Perceiving Emotion From Vocalizations». *Psychological Science*, vol. 25, n.º 4, 2014, pp. 911-20. *DOI.org (Crossref)*, <https://doi.org/10.1177/0956797613517239>.
- Gendron, Maria, Debi Roberson, y Lisa Feldman Barrett. «Cultural Variation in Emotion Perception Is Real: A Response to Sauter, Eisner, Ekman, and Scott». *Psychological Science*, vol. 26, n.º 3, 2015, pp. 357-59. *DOI.org (Crossref)*, <https://doi.org/10.1177/0956797614566659>.
- Gendron, Maria, Debi Roberson, Jacoba Marietta van der Vyver, et al. «Perceptions of Emotion from Facial Expressions Are Not Culturally Universal: Evidence from a Remote Culture.» *Emotion*, vol. 14, n.º 2, 2014, pp. 251-62. *DOI.org (Crossref)*, <https://doi.org/10.1037/a0036052>.
- Gendron, Maria, y Lisa Feldman Barrett. «Emotion Perception as Conceptual Synchrony». *Emotion Review*, vol. 10, n.º 2, 2018, pp. 101-10. *DOI.org (Crossref)*, <https://doi.org/10.1177/17540739177>.
- ---. «Reconstructing the Past: A Century of Ideas About Emotion in Psychology». *Emotion Review*, vol. 1, n.º 4, 2009, pp. 316-39. *DOI.org (Crossref)*, <https://doi.org/10.1177/1754073909338877>.
- Graver, Margaret. *Stoicism and emotion*. The University of Chicago Press, 2007.
- Guillory, Sean A., y Krzysztof A. Bujarski. «Exploring Emotions Using Invasive Methods: Review of 60 Years of Human Intracranial Electrophysiology». *Social Cognitive and Affective Neuroscience*, vol. 9, n.º 12, 2014, pp. 1880-89. *PubMed Central*, <https://doi.org/10.1093/scan/nsu002>.
- Hamann, Stephan. «Mapping Discrete and Dimensional Emotions onto the Brain: Controversies and Consensus». *Trends in Cognitive Sciences*, vol. 16, 2012, pp. 458-66. *ResearchGate*, <https://doi.org/10.1016/j.tics.2012.07.006>.
- Izard, Carroll Ellis. *Human Emotions*. Springer, 1977. www.springer.com, <https://doi.org/10.1007/978-1-4899-2209-0>.
- Jackson, Joshua Conrad, et al. «Emotion Semantics Show Both Cultural Variation and Universal Structure». *Science*, vol. 366, n.º 6472, 2019, pp. 1517-22. science.sciencemag.org, <https://doi.org/10.1126/science.aaw8160>.
- James, William. *Principles of Psychology*. Holt, 1890.
- Kreibig, Sylvia D. «Autonomic Nervous System Activity in Emotion: A Review». *Biological Psychology*, vol. 84, n.º 3, 2010, pp. 394-421. *PubMed*, <https://doi.org/10.1016/j.biopsycho.2010.03.010>.
- Levenson, Robert W. «Basic Emotion Questions». *Emotion Review*, vol. 3, n.º 4, 2011, pp.

- 379-86. *SAGE Journals*, <https://doi.org/10.1177/1754073911410743>.
- ---. «Voluntary Facial Action Generates Emotion-Specific Autonomic Nervous System Activity». *Psychophysiology*, vol. 27, n.º 4, julio de 1990, pp. 363-84. *DOI.org (Crossref)*, <https://doi.org/10.1111/j.1469-8986.1990.tb02330.x>.
 - Lewis, Michael, y Gerhard Stemmler. «The Development of Anger». *International Handbook of Anger: Constituent and Concomitant Biological, Psychological, and Social Processes*, editado por Michael Potegal et al., Springer, 2010, pp. 177-91.
 - Lindquist, Kristen A., Maria Gendron, Suzanne Oosterwijk, et al. «Do People Essentialize Emotions? Individual Differences in Emotion Essentialism and Emotional Experience.» *Emotion*, vol. 13, n.º 4, 2013, pp. 629-44. *DOI.org (Crossref)*, <https://doi.org/10.1037/a0032283>.
 - Lindquist, Kristen A., Ajay B. Satpute, y Maria Gendron. «Does Language Do More Than Communicate Emotion?» *Current Directions in Psychological Science*, vol. 24, n.º 2, 2015, pp. 99-108. *DOI.org (Crossref)*, <https://doi.org/10.1177/0963721414553440>.
 - Lindquist, Kristen A., Maria Gendron, Lisa Feldman Barrett, et al. «Emotion Perception, but Not Affect Perception, Is Impaired with Semantic Memory Loss.» *Emotion*, vol. 14, n.º 2, 2014, pp. 375-87. *DOI.org (Crossref)*, <https://doi.org/10.1037/a0035293>.
 - Lindquist, Kristen A. «Emotions Emerge from More Basic Psychological Ingredients: A Modern Psychological Constructionist Model». *Emotion Review*, vol. 5, n.º 4, 2013, pp. 356-68. *DOI.org (Crossref)*, <https://doi.org/10.1177/1754073913489750>.
 - Lindquist, Kristen A., Tor D. Wager, Hedy Kober, et al. «The brain basis of emotion: A meta-analytic review». *The Behavioral and brain sciences*, vol. 35, n.º 3, junio de 2012, pp. 121-43. *PubMed Central*, <https://doi.org/10.1017/S0140525X11000446>.
 - Lindquist, Kristen A., Ajay B. Satpute, Tor D. Wager, et al. «The Brain Basis of Positive and Negative Affect: Evidence from a Meta-Analysis of the Human Neuroimaging Literature». *Cerebral Cortex*, vol. 26, n.º 5, mayo de 2016, pp. 1910-22. *DOI.org (Crossref)*, <https://doi.org/10.1093/cercor/bhv001>.
 - Lindquist, Kristen A., Jennifer K. MacCormack, y Holly Shablack. «The Role of Language in Emotion: Predictions from Psychological Constructionism». *Frontiers in Psychology*, vol. 6, abril de 2015. *DOI.org (Crossref)*, <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2015.00444>.
 - Lindquist, Kristen A., y Lisa Feldman Barrett. «A Functional Architecture of the Human Brain: Emerging Insights from the Science of Emotion». *Trends in Cognitive Sciences*, vol. 16, n.º 11, 2012, pp. 533-40. *PubMed Central*, <https://doi.org/10.1016/j.tics.2012.09.005>.
 - Lindquist, Kristen A., y Maria Gendron. «What's in a Word? Language Constructs Emotion Perception». *Emotion Review*, vol. 5, n.º 1, enero de 2013, pp. 66-71. *DOI.org (Crossref)*, <https://doi.org/10.1177/1754073912451351>.
 - Mauss, Iris B., y Michael D. Robinson. «Measures of Emotion: A Review». *Cognition & Emotion*, vol. 23, n.º 2, 2009, pp. 209-37, <https://doi.org/10.1080/02699930802204677>.
 - Mowrer, O. Hobart. *Learning Theory and Behavior*. John Wiley & Sons Inc, 1960. *DOI.org (Crossref)*, <https://doi.org/10.1037/10802-000>.
 - Murphy, F. C., et al. «Functional Neuroanatomy of Emotions: A Meta-Analysis». *Cognitive, Affective, & Behavioral Neuroscience*, vol. 3, n.º 3, 2003, pp. 207-33, <https://doi.org/10.3758/cabn.3.3.207>.
 - Oatley, Keith. «The Sentiments and Beliefs of Distributed Cognition». *Emotions and Beliefs: How Feelings Influence Thoughts*, editado por Nico H. Frijda et al., Cambridge University Press, 2000, pp. 78-107.
 - Oosterwijk, Suzanne, et al. «States of Mind: Emotions, Body Feelings, and Thoughts Share Distributed Neural Networks». *NeuroImage*, vol. 62, 2012, pp. 2110-28. *ResearchGate*, <https://doi.org/10.1016/j.neuroimage.2012.05.079>.
 - Ortony, Andrew, y Terence J. Turner. «What's Basic about Basic Emotions?» *Psychological Review*, vol. 97, n.º 3, 1990, pp. 315-31, <https://doi.org/10.1037/0033-295x.97.3.315>.
 - Panksepp, Jaak. «The Basics of Basic Emotion». *The Nature of Emotion: Fundamental Questions*, editado por Paul Ekman y Richard J. Davidson, Oxford University Press, 1994, pp. 20-24.
 - Panksepp, Jaak, y Lucy Biven. *The Archaeology of Mind: Neuroevolutionary Origins of Human Emotions*. Norton, 2012.
 - Phan, K. Luan, et al. «Functional Neuroanatomy of Emotions: A Meta-Analysis of Emotion Activation Studies in PET and fMRI». *NeuroImage*, vol. 16, n.º 2, 2002, pp. 331-48,

- <https://doi.org/10.1006/nimg.2002.1087>.
- Phillips, M. L., *et al.* «A Specific Neural Substrate for Perceiving Facial Expressions of Disgust». *Nature*, vol. 389, n.º 6650, 6650, 1997, pp. 495-98. *www.nature.com*, <https://doi.org/10.1038/39051>.
 - Plamper, Jan. *The History of Emotions: An Introduction*. Oxford University Press, 2015.
 - Russell, James A. «Culture and the Categorization of Emotions». *Psychological Bulletin*, vol. 110, n.º 3, 1991, pp. 426-50. *DOI.org (Crossref)*, <https://doi.org/10.1037/0033-2909.110.3.426>.
 - ---. «Is There Universal Recognition of Emotion from Facial Expression? A Review of the Cross-Cultural Studies.» *Psychological Bulletin*, vol. 115, n.º 1, 1994, pp. 102-41, <https://doi.org/10.1037/0033-2909.115.1.102>.
 - Sauter, Disa A., *et al.* «Cross-Cultural Recognition of Basic Emotions through Nonverbal Emotional Vocalizations». *Proceedings of the National Academy of Sciences*, vol. 107, n.º 6, 2010, pp. 2408-12, <https://doi.org/10.1073/pnas.0908239106>.
 - ---. «Emotional Vocalizations Are Recognized Across Cultures Regardless of the Valence of Distractors». *Psychological Science*, vol. 26, n.º 3, 2015, pp. 354-56. *DOI.org (Crossref)*, <https://doi.org/10.1177/0956797614560771>.
 - Sihvola, Juha, y Troels Engberg-Pedersen. *The Emotions in Hellenistic Philosophy*. Springer Netherlands, 1998.
 - Tomkins, Silvan S. *Affect Imagery Consciousness: Volume I: The Positive Affects*. Springer, 1962.
 - Touroutoglou, Alexandra, *et al.* «Intrinsic Connectivity in the Human Brain Does Not Reveal Networks for 'Basic' Emotions». *Social Cognitive and Affective Neuroscience*, vol. 10, n.º 9, 2015, pp. 1257-65. *academic.oup.com*, <https://doi.org/10.1093/scan/nsv013>.
 - Vytal, Katherine, y Stephan Hamann. «Neuroimaging Support for Discrete Neural Correlates of Basic Emotions: A Voxel-Based Meta-Analysis». *Journal of Cognitive Neuroscience*, vol. 22, 2009, pp. 2864-85. *ResearchGate*, <https://doi.org/10/bqp4nt>.
 - Weiner, Bernard, y S. Graham. «An Attributional Approach to Emotional Development». *Emotions, Cognition, and Behavior*, editado por Carroll Ellis Izard *et al.*, Cambridge University Press, 1984, pp. 167-91.
 - Wilson-Mendenhall, Christine D., *et al.* «Neural Evidence That Human Emotions Share Core Affective Properties». *Psychological Science*, vol. 24, n.º 6, 2013, pp. 947-56. *SAGE Journals*, <https://doi.org/10.1177/0956797612464242>.